

Apreciado Orugario:

Desde la cima del monte Olimpo - ¡oh, Zeus añorado - quiero lanzarte un par de rayos para dejarte cojituerto y patidifuso con mis banderillas diabólicas. Te quejas de que la televisión pública emita los Juegos Olímpicos al mismo tiempo que las cadenas privadas y, además, para más escarnio, burla, mofa y befa, dicha tropelía nos cueste ... ¡sesenta millones de euros! Comparto tu indignación, sobrinito de mis entretelas. Malvados esbirros del Enemigo afirman que esto es una meadita en una piscina olímpica. Pero ¿no es un despilfarro - sulfuras, mi diablillo amado – tanto gasto inútil para las arcas públicas? ¿No bastaba acaso con un fotógrafo y una secretaria? Ten cuidado con esa patulea capaz de vaciar el mediterráneo con sus ansias igualitarias.

Las fuerzas del Bien – mi pichurrín Orugario –

sostienen que un tal Nadal usa sus pelotas solamente para sí mismo. Claro está que sus victorias apabullantes alegran mucho a quienes la casualidad les ha hecho nacer en la misma maceta. Ahora bien – dicen los agentes del Enemigo – los atletas olímpicos no corren, saltan o nadan por sus propias piernas, sino representando a una nación. ¿No son cientos de banderas las que desfilan el día de la apertura? Y tienen la osadía de sostener - sobrino de mis entrañas – que la cadena pública no puede estar ausente de unos juegos en los que se representa de un modo oficial al Estado. ¡Como si fuera necesario que la boda del príncipe estuviese retransmitida por esa caterva de directivos a sueldo del gobierno mangante!

Pablo Galindo Arlés

30 de diciembre de 2020